

La verdad

DIARIO DE LA MAÑANA, FUNDADO EN 1903
Edita C.M.M. S.A.

DIRECTOR GENERAL: JOSÉ LUIS CASTELLÓ PLANA

DIRECTOR: ADOLFO ROLDÁN FERNÁNDEZ

SUBDIRECTORES: José Carreres Lliso, José García Martínez
y Mariano Caballero Carpena.

Redactores Jefes: José Sánchez de la Rosa, Pedro Soler Gómez, Ramón
Gómez Carrión, Gregorio Bustamante Herráiz, Juan Antonio Calvo Carazo y
Joaquín García Cruz

GERENTE: ENRIQUE GARCÍA GALLEGO

Director comercial: Valentín López Escribano

Director técnico: Pedro Segura González

Director administrativo-financiero: Carlos Atienza Fuentes

Editorial

Estalla el 'caso Filesa'

El Partido Socialista —y el propio presidente del Gobierno— ha tomado conciencia de la envergadura del caso Filesa, de sus repercusiones públicas en la sociedad, a partir del abucheo que recibió el secretario general del PSOE en la Universidad Autónoma de Madrid, hace apenas unos días, cuando acudió al foro académico a pronunciar una conferencia. En aquella ocasión, González se comprometió a asumir todas las responsabilidades políticas que fueran pertinentes a raíz de este escándalo, que, según todos los indicios, oculta la financiación irregular del partido del Gobierno.

La instrucción del caso, a cargo del ya famoso juez Barbero, se ha prolongado durante muchos meses, y ello ha producido un serio desgaste al partido socialista. De todas las informaciones publicadas parece desprenderse la evidencia: el PSOE ideó un mecanismo para que importantes empresas aportaran donativos a las arcas del partido, bajo la apariencia de una contraprestación económica por la confección de imaginarios estudios e informes por un entramado de sociedades. En tal procedimiento pueden ocultarse algunos delitos —fraude fiscal, falsedad en documento mercantil, etc.— de los que serían responsables los administradores o los gestores de tales sociedades (Filesa, Time Export, etc.). Por fortuna para estas personas, en nuestro país no está tipificado el delito contra la normativa e financiación de partidos políticos (al contrario de lo que sucede en Italia, con las consecuencias de todos conocidas). Pero, evidentemente, junto a estas presuntas responsabilidades penales que los Tribunales deberán depurar, hay otra responsabilidad política de mayor calado que alcanza a quienes inspiraron o ampararon este sistema de financiación irregular.

En cuanto saltó a los medios el caso Filesa, el responsable de finanzas del PSOE, Guillermo Galeote, dimitió del cargo, e incluso dejó de acudir a su escaño parlamentario hasta que le exoneró de toda responsabilidad un inverosímil informe del Tribunal de Cuentas, que reconocía sin embargo que esta institución no había podido investigar a fondo el asunto por falta de competencias (como es sabido, otro informe fiscal, encargado por Barbero, sostiene todo lo contrario). Igualmente, se da por seguro que los dos parlamentarios socialistas, Navarro y Sala, implicados en las empresas del entramado Filesa, han terminado su carrera política. Pero no es verosímil que una operación de esta naturaleza, en la que se han movido unos 1.500 millones de pesetas, fuera desconocida por la dirección del PSOE.

Así las cosas, si el partido socialista desea que la opinión pública le perdone el desliz, ha de sacrificar a quienes en aquel momento tenían en su mano la responsabilidad real del partido.

En 1987 —que es cuando comienzan estos turbios manejos—, González y Guerra eran, respectivamente, presidente y vicepresidente del Gobierno. El aparato estaba entonces controlado por el propio Guerra —quien siempre se atribuyó la dirección física del partido— y por Txiqui Benegas. En consecuencia, descartado González —quien efectivamente estaba entonces, como ahora, absorto en la gobernación del Estado—, el dilema estriba en si es Alfonso Guerra o Txiqui Benegas quien ha de cargar con el peso de semejante error.

Decía recientemente, y sin demasiado tino, el portavoz socialista en el Congreso de los Diputados, Martín Toval, que las depuraciones son propias de las dictaduras. Se equivoca el ilustre diputado. No se trata de arrojar a las tinieblas exteriores a nadie, sino de imputar las responsabilidades políticas a quien ha de asumirlas. Y el crédito del Partido Socialista, que todavía tiene un fuerte potencial en gran parte del Estado, sólo se restituirá si se reconocen las equivocaciones y se paga el correspondiente tributo por ellas.

El sector renovador del PSOE —el llamado Grupo de las Navas— ya ha solicitado, al parecer, formalmente a González una decisión rotunda en este sentido. Hay imperativos morales que fuerzan a ello, pero hay incluso más: no hay que ser un lince para advertir la irritación de la sociedad ante estos hechos irregulares, y el partido mayoritario sólo recuperará sus expectativas electorales si adopta una posición firme contra la corrupción, dentro o fuera de su propio seno.

El ejemplo francés es todo un paradigma de lo que queremos decir.

La muerte de un gran hombre

ANTONIO PAPELL

El drama de este mediador entre la vieja y la nueva monarquía ha rondado el patetismo y merece el homenaje perenne de la historia y de los hombres

La convulsa semana que acabamos de vivir ha perdido todos sus perfiles con la muerte de don Juan de Borbón. El acontecimiento, no por esperado menos doloroso, debería tener, al menos, la virtud de colocar en su debido orden una serie de valores que tenemos descabalados y confusos últimamente.

Yo no quisiera ser reiterativo ni glosar aquí una vez más los méritos de este gran hombre, que hasta ha tenido la elegancia de otorgarnos a los periodistas y a los escritores varios meses para redactar su biografía necrológica, para hurgar en los viejos archivos —los recuerdos se vuelven lejanos, y las generaciones jóvenes no tienen demasiada memoria histórica—, y para preparar los elogios funerarios. Pero don Juan es, en cierto modo, el símbolo mismo de nuestra gran transformación, como españoles y como ciudadanos.

Ya en Navarra, miles de ciudadanos permanecieron atentos a su enfermedad desde los aledaños de la clínica en que estaba internado. Ayer, interminables filas de madrileños —y de personas llegadas expresamente de otras ciudades— rindieron homenaje póstumo a este ilustre patriota, hasta altas horas de la noche, en el Palacio Real. Quien fue un desconocido durante los cuarenta años de dictadura, ha obtenido al fin el único reconocimiento que le interesaba obtener: el del pueblo llano, el de los hombres de a pie, el de la sociedad civil, para la que él deseaba la libertad y la autodeterminación que finalmente se han conseguido.

Constituiría un ejercicio sumamente útil revisar nuestra historia, siquiera superficialmente, que ha mediado entre aquel Manifiesto de Lausanne, de 1945 —celosamente ocultado al pueblo español—, en que don Juan ya expresaba con claridad su deseo de ser «el rey de todos los españoles», de zanjar las consecuencias de la guerra civil y de instaurar un régimen parlamentario que respetara los derechos humanos, y esta hora luctuosa de su muerte. Las viejas dos Españas han dado paso a una única patria en la que —con las escasísimas excepciones radicales

que todos conocemos— cabemos todos, incluso los inmigrantes que recurren a nosotros para solucionar sus dramáticos problemas de supervivencia. Asimismo, aquella nación pintoresca del sur de Europa, llena de gitanos, toreros y bailaores, que era un rincón romántico Viejo Continente hace apenas un siglo, se ha convertido en la novena potencia industrial del mundo, que es asimismo miembro de la Comunidad Europea y que posee uno de los regímenes constitucionales y democráticos más modernos de todos los de su entorno.

Por supuesto, esta transformación ha dejado víctimas en el camino. Don Juan, un hombre que entrañó su vocación institucional hasta extremos heroicos, ha sido una de ellas: el drama de este mediador entre la vieja y la nueva monarquía ha rondado el patetismo, y merece no sólo el homenaje, ahora, de los hombres, sino el perenne de la historia. Pero lo cierto es que estos sacrificios han rendido su fruto: a pesar de las dificultades coyunturales que padecemos, y que hieren muy directamente a determinadas capas sociales, es justo reconocer que nuestra democracia está plenamente consolidada, que nuestra situación económica es remediable, que nos dirigimos hacia los promedios de bienestar europeos, que han clausurado en nuestro país los viejos odios cainitas, que hemos aprendido a moderarnos y a convivir, que los ciudadanos españoles somos de los más afortunados del mundo porque hemos establecido un régimen de solidaridad y libertad que puede parangonarse con los más adelantados de la tierra.

Hombres como don Juan de Borbón han contribuido grandemente

a lograr este objetivo, hoy plenamente consumado. Y a la vista de tales ejemplos de magnanimidad, resulta incluso extemporáneo hacer mención de nuestras pequeñas miserias, de los efímeros asuntos de corrupción política, de los casos Filesa que nos agobian, quizá de forma desproporcionada.

Esta semana que acaba de concluir de un monumental abucheo universitario a González por este asunto: el presidente del Gobierno parece haber tomado conciencia de que debe exigir responsabilidades políticas en un escándalo que se halla en los tribunales, pero cuyo proceso jurisdiccional ha de independizarse del político. Y un desliz tan abultado sólo puede zanjarse ante la opinión pública por el procedimiento de exigir dimisiones trascendentes. No por alguna clase de revanchismo político sino porque la democracia funciona así: quien se equivoca, quien atenta contra los intereses colectivos, debe ceder su cargo.

Todas las miradas apuntan a dos responsables del aparato socialista: Alfonso Guerra y Txiqui Benegas. Los dos han manejado a su antojo el feudo partidario. Los dos han de responder del craso error, que ha arrojado a la opinión pública contra el partido socialista (Felipe González es testigo de excepción). Y quede claro que la lenidad política podría tener en este caso gravísimas consecuencias electorales para la actual mayoría.

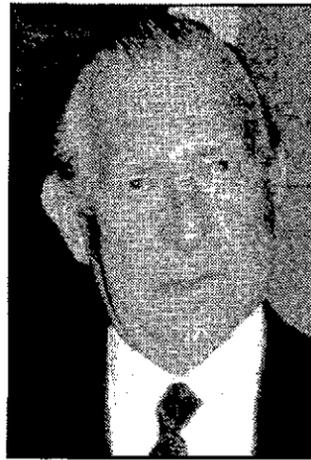
Pero no cedamos más a la tentación de dar más realce del debido a estos episodios secundarios de la vida política española. Porque cuando don Juan está todavía de cuerpo presente, parece necesario retomar designios de más envergadura, aprovechar la consternación que nos embarga para enfatizar el ejemplo de un gran hombre de bien que ha entregado toda su vida al servicio de este país sin pedir nada a cambio.

Como diría Ortega, el hijo de Alfonso XIII no hizo gala de las virtudes pusilánimes, pero mostró todas las virtudes magnánimas que adornan al verdadero estadista. Deberíamos mirarnos todos —y en especial los políticos— en este limpio espejo de honradez, de altura de miras, de serenidad y de grandeza de espíritu.

Así lo Vemos

Una muerte, anunciada

Es significativo el calor popular que ha encontrado don Juan en esta hora postrera. Quien fue un desconocido durante la dictadura, ha obtenido el reconocimiento del pueblo llano. Su larga agonía ha permitido a la mayoría de los medios de comunicación abordar el luctuoso hecho con solidez. TVE se lució en el tratamiento del triste acontecimiento, llegando a suspender algunos programas. Antena 3 dedicó su horario preferente a glosar su personalidad. Sólo Tele 5 rompió la pauta con un impresentable programa en que Gil y Gil excitó los más pícaros instintos.



El padre del Rey, figura clave de nuestra transición democrática, merece el máximo respeto y nuestros más sinceros elogios.

González, el salvador

Ayer, el Financial Times publicaba seis páginas sobre la situación española. Y a juicio de este prestigioso rotativo, tras los escándalos que han perjudicado la imagen del partido socialista, sólo Felipe González, con su intervención personal y directa, puede conseguir que el PSOE no pierda la mayoría (dicho medio considera incluso la posibilidad de que los socialistas conserven la mayoría absoluta si González se vuelca lo suficiente en la campaña). Alguien decía que González no ha hecho campaña electoral desde 1982, y que, si se decide a hacerla, puede arrasarla.